DOCTOR CORRAL Y MAIRÁ

LA APRENSIVA

BOCETO DE COMEDIA

EN UN ACTO DE UN CUADRO, EN PROSA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

15

21. Abril 909.

LA APRENSIVA.

Al eminentísimo primer actor gloria del arte escénico español D.n Francisco Morano, recuerdo afectuoso de

El autor

LA APRENSIVA

BOCETO DE COMEDIA

EN UN ACTO DE UN CUADRO, EN PROSA,

PRIMERA PRODUCCIÓN ESCÉNICA

ORIGINAL DEL DOCTOR

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ

Estrenado con extraordinario éxito en el COLISEO IMPERIAL de Madrid la noche del 7 de Diciembre de 1908



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1909



Al Excmo. Sr. D. Torcuato Luca de Tena,

Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad periodística *Prensa Española:*

Ilustre y querido amigo: Con el mayor placer me permito dedicarle este boceto de comedia, que he confeccionado en los escasos ratos de ocio que me dejan libre mis enfermos y mis trabajos periodísticos, primera producción escénica que doy al teatro y que ha tenido la fortuna de estrenarse con éxito.

Si usted se digna aceptar la dedicatoria y patrocinar la obrita, honraráse muy mucho con ello, su antiguo amigo y el más pigmeo de los colaboradores de sus periódicos, que muy de veras le estima y

l. e. l. m.,

Dr. Corral y Mairá

Linares, Diciembre, 908.

REPARTO

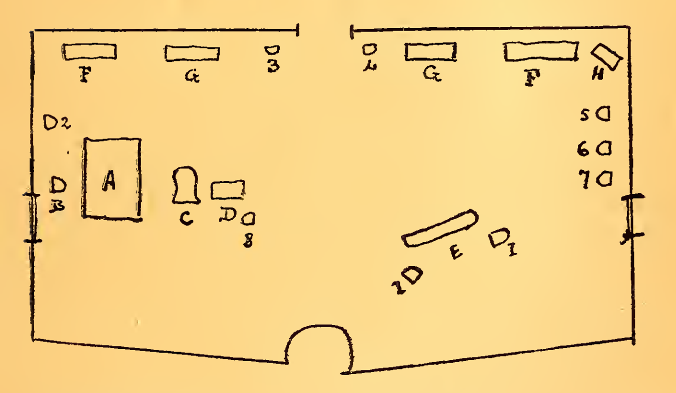
PERSONAJES		ACTORES
CLARA, joven de unos 24 años.	SRA.	MESA.
LOLA, ídem de igual edad.....	SRTA.	MUÑOZ SAMPEDRO.
ARTURO, médico, unos 36 años.	SR.	VICO (Don José).
PEPITO, joven de unos 30, clubman elegante...............	»	MAXIMINO.
GASPAR, de unos 50 años, hermano de Arturo.............	»	SAEZ.
CLIENTE 1.º, joven de 24 años.	»	VILLARREAL.
IDEM 2.º, ídem con el rostro pintado de amarillo..........	»	RAMOS.
IDEM 3.º, ídem con aspecto de demacración.................	»	ISBERT.
UN CRIADO, sirviente en casa de Arturo..................	»	RUIZ AGUIRRE.

La escena en Madrid.—Época actual



ACTO UNICO

Planta de la decoración



A—Mesa de despacho.
B—Sillón de ídem.
C—Idem de reconocimientos.
D—Mesita «etagié».
E—Sofá confidente.

F F—Armarios.
G G—Vitrinas con instrumentos.
H—Lavabo.
I I—Marquesinas.
1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8—Sillas de roble y cuero.

Representa la escena el despacho-consultorio del médico Arturo, elegante y lujosamente amueblado y decorado. A la derecha (entiéndase siempre la del espectador), hueco practicable que simula puerta comunicativa á las habitaciones particulares de Clara, en primer término. A la izquierda, primer término también, otro

hueco que semeja puerta comunicativa al laboratorio microbiológico particular de Arturo. Al foro, en el centro, otro hueco igual simulando puerta que da á las habitaciones interiores y salida de la casa: las tres puertas con cortinones de peluche ó yute, caídos y con guardamalletas. A la izquierda, cerca de la pared segundo término, mesa de despacho elegante con sillón de roble y cuero; al lado de la mesa y frente al público, un sillón articulado para reconocimientos de enfermos; cerca de este sillón una mesita «etagié» pequeña, portátil, con bandejas quirúrgicas, un fonendoscopio, pulverizador y lámpara de fumigación. Adosados á la pared del foro, armarios con libros; vitrinas con instrumentos de cirugía, irrigadores de cristal colgados de la pared. A la derecha, en primer término un sofá confidente pequeñito y dos marquesinas de tapicería elegante. Adosadas á la pared derecha sillas de roble y cuero. En el ángulo derecho un lujoso lavabo. Sobre la mesa y armarios, libros, revistas, periódicos, etc.

ESCENA PRIMERA

ARTURO, CRIADO y después CLIENTE 1.º

Al levantarse el telón aparece Arturo sentado á su mesa de despacho, viste elegantemente de levita. El Criado vestido de americana y pantalón negros y chaleco rojo, está á la puerta del foro sosteniendo un cortinón

CRIADO ¿Qué desea el señor?

ART. ¿Cuántos enfermos quedan?

CRIADO Quedan tres, señor.

ART. Vaya, pues que entre el primero en seguida. (Vase el Criado.) Lo que es hoy la consulta ha sido nutrida. (Mirando el reloj.) ¡Uf, las diez y media ya!

CLIEN 1.º (Desde la puerta del foro.) ¿Da usted permiso?

ART. Pase usted y siéntese aquí. (Le indica el sillón de reconocimientos, donde el Cliente se sienta.) Vamos á ver; ¿de qué padece usted?

CLIEN. 1.º Pues mire usted, señor, padezco de inapetencia, jaquecas, postración...

ART. ¿A ver el pulso? (Cogiéndole una mano y observando que es fina.) ¿Usted no es obrero manual?

CLIEN 1.º No, señor; soy... empleado.

ART. Está muy débil este pulso. (Pulsándole.) ¿Y qué más siente usted?

CLIEN. 1.º Pues además me duele algo el pecho y toso mucho por las noches.

ART. (Sobresaltado se levanta del sillón y coge el fonendoscopio de la mesita «etagié».) ¡Que tose usted! ¿Ha dicho usted que tose? A ver, á ver, desabróchese en seguida el chaleco. (Lo hace el Cliente y Arturo le aplica al pecho en diferentes regiones el fonendoscopio, colocándose en los dos oídos los tubitos del aparato, quedando un momento en silencio como si le auscultara el pecho. Aparte y dejando el aparato en la mesa.) (Vaya, me tranquilizo, no es tuberculoso.) Bueno; tiene usted que tomar cinco gotas de la medicina que voy á recetarle disueltas en una cucharada de agua antes de las comidas, (Se sienta á la mesa y finge hacer una receta.) y el domingo que viene vuelve usted por aquí. (Le dá la receta y el Cliente se levanta.) Lo que usted tiene se cura fácilmente, pero es preciso, entiéndalo usted bien, es preciso que además de la medicina, haga usted vida activa, mucho, mucho ejercicio; sobre todo mucho ejercicio.

CLIEN 1.º (Extrañándose.) ¿Cómo ha dicho usted? ¿Que haga mucho ejercicio?

ART. Sí, sí; que ande usted mucho, usted necesita andar mucho.

CLIEN. 1.º ¿Que necesito andar mucho, señor? ¡Si soy cartero!

ART. (Algo brusco y contrariado.) Bueno, bueno, eso no importa, yo me refiero á que haga usted ejercicio en el campo, al aire libre.

CLIEN. 1.º Bueno, bueno, está bien. Servidor de usted y mil gracias. (Vase por el foro.)

ART. Vaya usted con Dios. (Solo ya.) Pues, señor, quién iba á creer que ese hombre fuese un cartero, si parece oficinista.

ESCENA II

ARTURO y CLIENTE 2.º

El Cliente 2.º saldrá á escena con la cara teñida ligeramente de amarillo como si padeciese ictericia

CLIEN. 2.º (Desde puerta foro, con acento andaluz.) ¿Ze pué pazar?

ART. Pase, pase usted. Tome usted asiento ahí. (Le indica el sillón de reconocimientos.)

CLIEN. 2.º Míste, yo venía...

ART. (Interrumpiéndole.) Nada, nada, no tiene usted que decirme nada.

CLIEN. 2.º Ez que yo...

ART. (Interrumpiéndole.) Que no me diga usted nada, hombre. Lo que usted tiene se ve á cien leguas.

CLIEN. 2.º (Extrañado.) ¡Yo!

ART. Sí, hombre, sí, está más claro que el agua.

CLIEN. 2.º Pero zi ez que yo vengo á...

ART. (Interrumpiéndole.) Que no me diga usted nada, hombre. A ver, no perdamos tiempo; desabróchese usted el chaleco: pronto.

CLIEN. 2.º (Extrañado.) ¿Yo?...

ART. (Impaciente.) Sí, hombre, sí; ande usted deprisa...

CLIEN. 2.º Pero zi á mí no me duele er pecho.

ART. Ya lo sé, no es el pecho, es el hígado.

CLIEN. 2.º (Extrañado.) ¡El hígado! (Aparte.) (¿Zi eztaré yo enfermo del hígado?)

ART. (Impaciente.) Vamos, hombre.

CLIEN. 2.º (Aparte.) (Vaya, no hay máz remedio.) (Se desabrocha el chaleco y Arturo le reconoce palpando la región del hígado en el lado inferior derecho del pecho.)

ART. (Después de reconocerlo.) ¿Ve usted? Lo que yo decía. Tiene usted un poco de infarto. Hay aumento de secreción biliar.

CLIEN. 2.º (Alarmado y aparte.) (¡Caracoles! ¿Zerá verdá que tengo yo el hígado dañao?) (A Arturo.) Bueno... Pero yo venía á decirle á uzté...

ART. (Contrariado.) Le he dicho á usted que no es preciso que me diga nada; los síntomas los lleva en la cara. Nada, nada, es preciso que tome usted de las píldoras que voy á recetarle (Se acerca á la mesa y se sienta como si hiciese una receta.) una en ayunas, otra antes del almuerzo, y otra antes de la comida (Escribe.)

CLIEN. 2.º Pero, ¿ez que eztoy enfermo del hígado?

ART. Es una alteración funcional nada más, pero puede hacerse grave. Tome usted. (Le da la receta.)

CLIEN 2.º (Levantándose.) Bueno: permítame uzted doz palabraz.

ART. Vamos, hable usted.

CLIEN. 2.º ¿No ez uzté er dotor de que hablan los periódicoz que ha inventao la curación der cáncer?

ART. Que la he inventado, no; que estoy en vías de inventarla.

CLIEN. 2.º Bueno: puez yo he venío á zu conzulta de uzté, no como enfermo, no pa que uzté me vea, porque á mí graciaz á Dioz, hazta la prezente no me duele ná.

ART. (Malhumorado.) ¿Qué dice usted? ¿Entónces á qué ha venido?

CLIEN 2.º A preguntarle zi quiere uzté hacer experimentos con mi zeñora, que zegún los méicos que lan visto padece un cancer incurable en... una parte rezervá que me rezervo decir... y (Señalándose el trasero.) que no la permite venir á la conzulta de uzté porque no pué moverze.

ART. (Contrariado.) Acabáramos; ¿y por qué no me lo ha dicho usted cuando entró?

CLIEN. 2.º Zeñó, porque uzté no m'a dejao decir ezta boca ez mía.

ART. Bueno, sí, señor; haré experiencias con su señora; la inocularé con el suero de mi invención; será el primer caso de experimentación humano; yo iré á verla, ¿dónde vive usted?

CLIEN. 2.º Bastero, veinte, tercero.

ART. (Tomando nota.) Bueno, ya iré yo á visitarla; pero usted no deje de tomar las píldoras

que le he recetado; porque, entiéndalo usted bien; usted, á pesar de que dice que no le duele nada, tiene un principio de ictericia que, si la abandona usted, puede hacerse grave.

CLIEN. 2.º (Alarmado.) ¡Caracolez! ¿Pero ez verdá ezo? ¿Tengo yo tirizia?

ART. Sí, señor. (Lo lleva delante del espejo del lavabo.) Véase usted la cara.

CLIEN. 2.º (Alarmadísimo y temblando.) ¡Jozú, Jozú! ¡puz zi ez verdá! ¡Dioz mío! ¡Zi eztoy maz amariyo que la manteca enranciá!

ART. (Despidiéndole.) Ea, vaya usted con Dios y á cuidarse; y el domingo próximo vuelva usted á la consulta.

CLIEN. 2.º Zi ez que antez no m'han llevao ar cementerio; porque yo eztoy muy malo; ahora lo noto; no pueo ni rezpirar. Voy corriendo á meterme en la cama. ¡Jozú, Jozú! ¡quién lo había e dezir! Vaya, quede uzté con Dioz, zeñó, y muchas graciaz. ¡Dioz mío, yo con tirizia! (Vase puerta foro)

ART. (Solo.) ¡Pobre hombre! (Toca el timbre.) ¡Qué impresión le ha producido el saber su enfermedad! Ese es otro aprensivo como mi mujer.

ESCENA III

DICHO, CRIADO y después CLIENTE 3.º

CRIADO (Por puerta foro.) ¿Qué desea el señor?

ART. A escape, que pase el último, porque supongo que será el último.

CRIADO Sí, señor, el último. (Vase foro.)

ART. ¡Vaya una consultita la de hoy! (Mirando el reloj.) Llevo dos horas viendo enfermos.

CLIEN. 3.º (Entrando puerta foro; viste traje de artesano, está muy demacrado.) ¿Dá usted permiso? (El Cliente tose secamente.)

ART. Adelante. (Aparte, alarmado.) (Esa tos...) Siéntese aquí y dígame qué le aqueja.

CLIEN. 3.º Señor: que me duele el pecho muchísimo; no ceso de toser, y en diez días he echado ya tres veces sangre por la boca.

ART. (Alarmado.) A ver, á ver; en seguida desabróchese el chaleco. (Aparte.) (No hay duda; éste sí lo es.) (Se desabrocha el Cliente el chaleco. Arturo le ausculta con el fonendoscopio un momento.—Aparte.) (Justo, es un tuberculoso con todas las de la ley.) (Al Cliente.) Bueno: puede usted marcharse en seguida, en seguida; necesita usted ir al dispensario antituberculoso que le hagan á usted un minucioso reconocimiento, le analicen los esputos y le pongan plan.

CLIEN. 3.º (Alarmado.) ¿Pero estoy yo tísico?

ART. (Con indecisión.) No... pero conviene que le vean á usté allí: yo no soy especialista en esa clase de enfermedades. Vaya, vaya usted con Dios. (Empujándole suavemente para que se vaya.)

CLIEN. 3.º Pero...

ART. En el dispensario le pondrán plan.

CLIEN. 3.º Bueno, bueno. (Vase foro.)

ART. (Solo.) Pues señor: ¡un tísico! Si se entera mi mujer de que ha habido aquí un tísico, estamos aviados con lo aprensiva que ella es. Vaya, fumigaremos la atmósfera para que no se enfade. (Coge de una cajita una pastilla, la echa en la lámpara fumigatoria y prende con una cerilla la candileja de alcohol.)

ESCENA IV

ARTURO y CLARA

Por entre los dos cortinones de la puerta lateral derecha asoma Clara la cabeza solamente

CLARA (Sin entrar.) Qué, ¿terminaste con tus pobres?

ART. Sí, hija; ya acabó la consulta.

CLARA (Con marcado interés.) ¿Ha habido algún tísico?

ART. No; no ha habido ninguno.

CLARA ¿Has echado ya la pastilla de formalina?

ART. Sí, hija, sí; ya está fumigado el ambiente; pasa sin miedo.

CLARA (Entrando y sentándose en el confidente: viste un elegante traje de calle.) ¡Dichosas consultitas; las tengo un horror!...

ART. ¡Hija mía, hay que hacer algo en beneficio de los pobres!

CLARA ¡Ah, pues por eso no me opongo rotundamente, porque es preciso ejercer la caridad! (Transición.) Oye, Arturo. (Hojeando una revista que habrá traído en la mano.) ¿Has visto qué modelo de automóvil más bonito trae *El Mundo Deportivo?* Debíamos adquirir uno.

ART. (Haciendo como que apaga la candileja de la lámpara fumigatoria y lavándose las manos cuidadosamente en el lavabo del ángulo derecho.) No, Clarita, no; ¿para qué queremos hacer ese gasto teniendo nuestro *clarens?* Ya me he acostumbrado á hacer en él mis visitas, y tú ya sabes que siempre tienes á tu disposición el *áuto* de Pepito.

CLARA ¡Pepito, siempre Pepito! La verdad es que si no fuera por él que me acompaña á todas partes, por expreso mandato tuyo, tendría que estar encerrada siempre en casa ó salir sola; porque lo que es tú con *tus cosas*, me tienes abandonada sin ir conmigo á ninguna parte.

ART. (Con mimo) ¡Qué quieres, nena! la ciencia me tiene ahora secuestrado; muy pronto se efectuará mi recepción en la Real Academia de Medicina, y mi discurso aún lo tengo á medio hacer; además; esos cultivos de *bacilos* (Señalando á la puerta lateral izquierda.) son mi pesadilla; no hay más remedio que pasar en mi laboratorio horas y horas para ver si consigo con mi teoría nueva y mis experimentos microbiológicos, obtener el virus eficaz que ha de lograr la curación del cáncer; ¡figúrate si lo consigo, como espero, qué triunfo más grande para mí conquistar la gloria!

CLARA Sí, pero por lograr la conquista de *esa gloria*

te olvidas de mí que... no soy ningún purgatorio.

Art. (*Con zalamería.*) No, Clarita. ¡Olvidarme de tí! tú eres una gloria mucho más hermosa que conquisté y que ya poseo... En fin no hablemos de eso: Pepito te seguirá acompañando donde tu quieras hasta que yo dé cima á mi colosal empresa. (*Transición.*) Vaya, voy á visitar á la marquesa, á ponerla una nueva inyección de suero y vuelvo para almorzar: ya sabes que hoy tenemos convidados; mi hermano y Pepito. (*Toca el timbre.*)

Clara ¿Vendrás antes de las doce?

Art. Seguramente.

Clara Pues entonces espero tu regreso para ir en el coche á misa á las Calatravas.

Criado (*Presentándose puerta foro.*) ¿Qué deséan los señores?

Art. ¿Enganchó Ramón?

Criado El señor tiene ya el coche á la puerta.

Art. Vaya, adiós, hijita. (*Vase foro.*)

Clara (*Entristecida.*) ¡Adiós!

ESCENA V

CLARA, sentada con displicencia en el confidente

Clara (*Con dejo de amargura.*) ¡Adiós; ya nada más que adiós! Ya no me besa como lo hacía antes aun delante de los criados cuando salía de casa. No hay duda, obsesionado con su laboratorio y su próximo ingreso en la Real de Medicina, va olvidándose de mí. Me abandona á la compañía de Pepito, de su entrañable amigo, sin sospechar que Pepito, que no es tan santo como parece, va poco á poco traspasando los límites de la afectividad amistosa, para entrar por el camino de los galantéos, y las insinuaciones al vedado coto con su amor. (*Horrorizándose.*) ¡Oh, no, no, jamás! Yo no sucumbiré jamás: yo no caeré en sus redes; no caeré, aun cuando el

abandono de Arturo y las mal sanas intenciones de Pepito, se reunan para lograr mi caída. Pero... (Reflexionando.) ¿puedo jurar que sabré resistirme siempre al asedio? ¿No llegarán sus incesantes escarcéos amorosos á hallar por fin mi cuarto de hora funesto? (Rehaciéndose.) ¡Bah, qué locura! Eso sí; tendré que sostener ruda batalla porque Pepito es joven, apuesto, galante, gallardo y empedernido tenorio afortunadísimo en sus incontables conquistas, y esto... esto solo es sin disputa un fatal incentivo que sugestiona á las mujeres para hacernos caer de golpe enmascarando el delito con una dulzura victoriosa que saboreamos con deleite... Pero (Transición y levantándose con brusquedad del confidente.) ¡Jesús, qué horror; qué cosas estoy pensando!

CRIADO (Levantando un cortinón de la puerta del foro y anunciando visita.) La excelentísima señora de Menduíña.

ESCENA VI

CLARA, LOLA, después CRIADO y PEPITO. Lola entra por el foro vistiendo elegante traje de calle con sombrero, sombrilla, guantes, etc.

CLARA (Besando con afecto á Lola.) Querida Lola, ciertamente no esperaba á estas horas tu visita; siéntate. (Siéntanse ambas en el confidente.)

LOLA Vengo de oir la misa del padre Anaya en el Cristo de la Salud como de costumbre y antes de regresar á casa he querido venir á preguntarte si vas esta noche al Real.

CLARA Eso pienso.

LOLA Pues entonces si no tienes convidados ocuparé un asiento en vuestro palco. Esta noche toca «Bohemia» y no quiero perderla. Estoy sola: Menduíña salió esta mañana al coto del Marqués de Lorán; van por tres días de cacería de reses y no quiero aburrirme por las noches sola en casa.

CLARA ¿Y como no vas al palco de Gloria Solís? La otra noche te ví allí con ella y como es tu íntima...

LOLA Lo fué, pero hija qué quieres; he recogido velas; hasta ahora he ido con ella á todas partes, pero desde que su esposo se fué á Melilla hace un mes á hacer estudios de ingeniería en nuestras fortificaciones, Gloria Solís es otra.

CLARA ¿Otra? no te entiendo.

LOLA Sí, hija, sí; te lo diré en confianza. Gloria coquetea más de lo debido; desde que su esposo se marchó la sigue á todas partes el joven ese rubio secretario de embajada que le presentaron en la última *matiné* que dió Solís antes de su viaje; y ella lo admite en su palco; y van juntos al tiro de pichón y ya todo el mundo murmura y como comprenderás no quiero hacer ningún papel ridículo, ni mucho menos contravenir al onceno mandamiento.

CLARA Pero tú supones que Gloria sea capaz de faltar...

LOLA No te diré yo tanto: quiero creer que es solo coquetería, flirteo inofensivo; pero de todos modos yo, estando con ellos, les estorbo, me pongo en ridículo y no quiero pechar luego, con que digan, si algo resulta, que yo estaba en el secreto.

CLARA ¡Qué maliciosa eres!

LOLA No hija; si todo el mundo lo da ya como hecho.

CLARA Bueno, bueno, pues nada, esta noche te espero é iremos juntas al Real.

LOLA Pero, ¿pensabas ir sola?

CLARA No; nos acompañará Pepito.

LOLA ¿Y Arturo no vieue?

CLARA No, hija mía; Arturo tiene bastante con escribir su discurso de ingreso en la Academia y escudriñar en el microscopio los caldos de su cultivo canceroso. Engolfado en estas labores, pasa las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio y apenas se ocupa de mí.

LOLA Pues mira, Clarita, eso es una iniquidad, te debes aburrir así atrozmente.

CLARA No te lo puedes imaginar, y eso que gracias á que Arturo ha comisionado á Pepito para que me acompañe á todas partes.

LOLA (Con intención.) Sí, ya, ya me he fijado, y... lo peor es que también se van fijando los demás.

CLARA (Sobresaltada.) ¡Lola, por Dios! ¿qué quieres decir?

LOLA (Con decisión.) Vaya; te lo diré sin rodeos, tú eres mi mejor amiga; en el convento de las Madres Concepcionistas donde nos educamos éramos las inseparables; esa amistad en vez de amortiguarse ha ido creciendo; no puedo, por tanto, ser hipócrita contigo.

CLARA (Sin comprender.) Pero, ¿dónde vas á parar?

LOLA Voy á parar á decirte que no está bien que vayas á todas partes sin tu marido llevando en su lugar á Pepito.

CLARA Pero tú eres capaz de suponer...

LOLA Yo no supongo nada, Clarita, demasiado te conozco y sé que tú eres incapaz de faltar á tus deberes, pero las apariencias dan lugar á las murmuraciones y...

CLARA (Con extrañeza.) ¿Murmuraciones dices? ¿Pero es que hay alguien que murmura de mí?

LOLA No es eso, mujer, no te ofusques, es que el mundo juzga por lo que ve en la superficie sin tomarse la molestia de escudriñar el fondo y sus juicios son inapelables.

CLARA (Sobreexcitada.) ¡Pero, Dios mío! ¿qué es lo que ve el mundo en mí y qué es lo que juzga de mí? ¿Qué has oído tú decir de mi?

LOLA ¡Oh, nada, nada! Yo no he oído nada... todavía.

CLARA ¿Todavía? Eso quiere decir que si aún no has oído nada que afecte á mi reputación, es posible que puedas oirlo.

LOLA A qué engañarte; sí, eso me temo.

CLARA ¡Pero hija mía! ¿Por qué?

LOLA Ya te lo he dicho; porque á todas partes te presentas con Pepito; porque los dos solos en su *auto* os paseáis por la Castellana; por-

que vais siempre juntos al Real y al Español, y á la Comedia, y al *foot-baal*, y á las carreras, y.. á todas partes, y á ninguna de esas partes te acompaña Arturo, y eso créeme, Clara, eso da motivo á la maledicencia.

CLARA (Rehaciéndose.) Vaya hija; no vas tú poco lejos, tú sueñas. Todo el mundo sabe que Arturo y Pepito se quieren con un afecto fraternal, que son dos cuerpos y un alma y todo el mundo sabe, también porque la prensa diaria lo está diciendo todos los días, que Arturo está ahora ocupadísimo en hacer estudios de bacteriología y en escribir su discurso para su recepción en la Real Academia. Hay, pues, sobradísima justificación para que ahora no pueda acompañarme.

LOLA Bueno; tú piensas así, pero...

CRIADO (Apareciendo en la puerta del foro) Señora, un criado del excelentísimo señor Rodrigómez viene á avisar para que el señor vaya á visitar á su hijo.

CLARA (Con viveza.) ¡Ah! ¿Al hijo del senador Rodrigómez? (Al criado.) Pregunte usted al que trae el aviso *si sabe si tose* el enfermo. (Vase el criado.)

LOLA ¡Qué rareza! ¿Por qué haces esa pregunta?

CLARA (Con espanto.) ¡Hija, porque tengo un miedo horrible á los tísicos! Es una aprensión que no puedo dominar, es mi obsesión constante, y Arturo, que es muy complaciente conmigo en esto, me tiene ofrecido no encargarse de la asistencia de ningún tuberculoso.

CRIADO (Desde el foro.) El criado del señor Rodrigómez dice que el enfermo tose mucho.

CLARA (Alarmada á Lola.) ¡Lo ves! ¿No te lo dije? ¡Si ese chico no hay más que verlo, es un candidato á la tisis, ya decía yo. (Al criado y levantándose.) Bueno; pues diga usted que el señor... no visita ahora á nadie, que está ocupadísimo en el laboratorio, que no puede ir... que avisen á otro médico.

LOLA (Sonriéndose.) Hija, por Dios, eso que haces me parece una ridiculez.

CRIADO ¿Manda algo la señora?

CLARA Nada más. (Vase el criado.)

LOLA (Levantándose.) Vaya, hija, te dejo; á la noche vendré para ir al teatro.

CLARA Puesto que estás sola, ¿por qué no te quedas á almorzar? Tenemos convidados, Pepito y mi cuñado Gaspar.

LOLA No, almorzar, no; pero me convido esta noche á comer con vosotros.

CLARA Aceptado. (Ambas se dirigen á la puerta del foro, donde aparece el criado que anuncia.)

CRIADO El señorito Pepe.

PEPE (Desde dentro.) ¿A qué me anuncias, hombre; no sabes que yo entro aquí como Pedro por su casa?

CRIADO Dispense el señor; es que hay visita.

PEPE (Aparece puerta foro. Viste con atildada elegancia traje de mañana á la «derniere».) ¡Ah! ¿Está usted aquí, encantadora Lola? Vean ustedes si soy afortunado; pensé hallar en esta casa una preciosidad sola y me encuentro con dos: Clara y usted.

LOLA (Con ironía.) Eso es una galantería... ¿cómo diré yo?... una galantería circunstancial... Vaya dejo á ustedes.

PEPE ¿Se va usted por que yo he llegado?

LOLA No; me marchaba ya; ¿verdad, Clara?

CLARA Sí, es cierto.

LOLA (A Clara besándose ambas.) ¡Adiós!

CLARA Hasta luego.

PEPE (Con jovialidad.) Cuidadito, cuidadito con los besos, que, según Arturo, la boca es nido de microbios nocivos.

LOLA (Risueña.) No hay cuidado; además en casa de Arturo, templo de la Higiene, no hay malos microbios. (Aparte á Pepito y con ironía.) (En esta casa no hay más microbio nocivo; que usted.) (Vase foro. Detrás el Criado que durante este diálogo habrá estado sosteniendo el cortinón.)

PEP. (Aparte y amostazado por la indirecta.) (¡Qué descaro!)

ESCENA VII

CLARA y PEPITO. Clara se sienta en el confidente, á un lado pero sin dejar suficiente espacio para que en él pueda sentarse Pepito

PEP. ¿Y Arturo en su cuarto laboratorio? (Se acerca á mirar por la puerta lateral izquierda.)

CLARA No, salió á visitar á la marquesa, que mejora poco.

PEP. Le esperaré entonces. (Se sienta en una marquesina displicentemente. Pausa.) ¿Qué tiene usted Clarita? La encuentro agitada, con desasosiego .. ¿disgustada quizás?

CLARA (Con ingenuidad.) Pues sí, Pepito; por qué he de negarlo: me tiene disgustadísima el abandono de Arturo.

PEP Tiene usted razón; el triunfo de la gloria científica le tiene obsesionado hasta el extremo de hacerle olvidar sus conyugales deberes.

CLARA ¿Cómo?

PEP. Si no olvidados, amortiguados. Desengáñese usted, Clarita: Arturo ama más *á la otra*... que á usted.

CLARA (Alarmada.) ¿Qué dice usted? ¿A la otra? ¿Quién es la otra?...

PEP. La otra es la ciencia, no se alarme usted.

CLARA Es cierto, Pepito, es cierto. (Compungida.) Mi marido no me ama como antes.

PEP. Opino como usted y esto no es hacer traición á Arturo, á mi amigo del alma; pero hace muy mal en posponerla á sus triunfos científicos. Un hombre dueño del amor de una criatura tan extraordinariamente hermosa como usted, (Exaltándose y aproximándose á Clara.) con esa hermosura, con esa belleza que no tiene rival, debe abandonar para siempre toda otra gloria que no sea la gloria suprema de gozarse con los encantos de la divinidad que le cupo en suerte por eterna compañera.

CLARA (Animada por la galantería.) ¿Lo cree usted así?

PEP. Tanto lo creo que si yó por un momento pudiera ponerme en el lugar de Arturo y tuviera á una mujercita como usted... á usted misma ¡qué diablo! me volvería loco de alegría y pasaría enteros los días y las noches absorto, siempre á su lado, juntos, muy juntitos recreándome en la contemplación de sus divinos encantos; quemando mis pupilas en el fuego de esos ojos cuyos fulgores dan y quitan vida á un mismo tiempo. (Insensiblemente Pepito sin dejar de hablar con fogosidad se levanta de la marquesina y ocupa el asiento que apenas quedó libre en el confidente muy cerca de Clara que le escucha arrobada con interés.)

CLARA (Exaltada.) ¡Pepito, por Dios!

PEP. (Con gran pasión.) Créame usted, Clara, créame usted, yo viviría enloquecido con su cariño; yo haría abstracción completa del mundo y sus placeres para dedicarme en absoluto á adorarla con mayestático arrobamiento; gozando... mejor dicho, sorbiendo con todos mis sentidos los deleites materiales y espirituales de un amor fuerte, inmenso, eterno, repleteado siempre con nuevas delectaciones, satisfechas ampliamente, totalmente.

CLARA (Rehaciéndose con dignidad.) Calle usted, calle usted; no siga usted, Pepito; se lo ruego, yo no puedo oir eso; escuchando esas cosas, cometo una infamia, falto á mis deberes.

PEP. (Con seriedad y con transición estudiada.) ¡Que falta usted á sus deberes? ¡Que no puede usted oirme!... ¿Por qué? ¿Por analizar su belleza? ¿Porque hago exposición de sus encantos? ¿Porque relato la manera de cómo debe ser usted amada por su esposo? ¡Usted me ofende!... Con escuchar lo dicho, ni comete usted infamia... ni falta usted á sus deberes de perfecta casada.

CLARA (Medio vencida, sonriente y tratando de disculparse.) Es verdad, pero...

PEP. (Aprovechando la vacilación de Clara.) Y aunque así fuese; no sea usted niña, una mujer como usted, dotada de exuberante belleza, de-

encantos infinitos, tiene indiscutible derecho á que se la venere, á que se la adore como se adora á Dios, sobre todas la cosas y por encima de todas las cosas y glorias terrenas y créame usted, si esa mujer no es amada así por quien tiene el deber de hacerlo, deber impuesto por el sagrado lazo matrimonial, (Con exaltación.) esa mujer tiene, aun encontra del deber, el derecho indiscutible de buscar en el amor ajeno las deficiencias del amor legítimo. (Se oye dentro toser á Arturo.)

CLARA (Se levanta repentina y azoradamente.) ¡Por Dios, Arturo llega!

PEP. (Se traslada con rapidez á una marquesina diciendo aparte.) (¡Caerá, vaya si caerá!) (En voz alta á Clara para que lo oiga Arturo.) Con que ¿van ustedes esta tarde á las carreras?

CLARA Lo que diga Arturo.

ESCENA VIII

DICHOS y ARTURO. Arturo cou sombrero de copa y bastón que recogerá á la puerta el Criado, entra estando ya á la vista del público cuando Clara y Pepe dicen las últimas frases

ART. ¡Hola, Pepe! (Clara ojea una revista de modas.)

PEP. (Levantándose y acercándose á Arturo.) Adiós, feliz mortal ¿cómo van esos bichitos? ¿Has obtenido ya nuevas crías?

ART. ¿A qué te refieres?

PEP. A tus bacilos cancerosos.

CLARA (A Arturo.) ¿Cómo está la marquesa?

ART. Cada vez peor, es mujer perdida.

PEP. Eso ya lo sabíamos. (Con intención.)

CLARA ¿Está el coche abajo?

ART. Sí: ya le dije á Ramón que tenía que llevarte á las Calatravas.

PEP. ¿Quiere usted ir en el *auto*?

CLARA (Con sequedad y marcada intención.) No. Prefiero mi coche. Vaya, mientras ustedes platican voy á oir la misa de doce. Hasta luego.

PEP. Adiós, Clara. (Vase puerta lateral derecha.)

ART. No tardes.

ESCENA IX

ARTURO y PEPITO; después, GASPAR

Arturo se sienta á la mesa de su despacho disponiéndose á escribir en un rimero de cuartillas que prepara

PEP. ¿Qué, vas á trabajar?

ART. Sí, chico, hasta la hora del almuerzo: tengo que aprovechar todos los instantes. Tú si no quieres aburrirte, ahí tienes (Señalando á su armario.) los periódicos y revistas deportivas. Lée.

PEP. (Con displicencia.) No: me voy á afeitar al casino y volveré y eso... que tengo una pereza: hace dos días que no me encuentro bien, apenas como, el sueño es intranquilo y hasta creo que me da fiebre. A ver, púlsame.

ART. (Riendo.) Quita, aprensivo, ¿vas á ser la segunda edición de Clara?

PEP. No es aprensión; es que no me encuentro bien del todo.

ART. (Levantándose y pulsándole.) A ver, á ver: en verdad que el pulso está débil: ¿á ver la conjuntiva? (Mirándole el interior de los ojos.) decolorada, hay degollina de glóbulos rojos. Chico, tienes un principio de anemia que es preciso que destierres, metodizándote, higienizándote, haciendo otra vida diferente á la que haces. Eso de levantarte á las once ó las doce, pasar la tarde respirando la atmósfera nada sana del casino, cenar á las dos de la madrugada y acostarte á las tres ó las cuatro es altamente nocivo.

PEP. Bueno; recétame los potingues que tenga que tomar.

ART. Potingues, como tú dices, por ahora ninguno. Haz excursiones en tu *auto* en pleno campo; acuéstate y levántate temprano; toma duchas y luego veremos.

PEP. Muchas cosas pides tú; veremos si me deci-

do á hacerlas. (Transición.) Oye, ¿vendrás esta tarde á las carreras?

ART. Imposible, tengo que trabajar en el laboratorio.

PEP. ¿Y esta noche al Real?

ART. Tampoco, tengo que trabajar en mi discurso.

PEP. ¿Entonces?

ART. Entonces acompañas á Clara á las carreras y al teatro.

PEP. Bueno, como quieras. Adiós. (Vase por el foro.)

ART. Anda con Dios.

ESCENA X

ARTURO y GASPAR

Al salir Pepito por el foro entra Gaspar vestido correctamente de levita y ambos se saludan

GAS. ¡Hola, Pepe!

PEP. Adiós, Gaspar.

GAS. ¿Te marchas?

PEP. Sí, pero vuelvo pronto. Adiós.

ART. (A su hermano.) Hombre, me alegro que te hayas adelantado á la hora del almuerzo porque tengo que leerte una cosa...

GAS. Y yo me alegro de encontrarte solo. ¿Y Clara?

ART. En misa.

GAS. (Con misterio.) Tengo que hablarte.

ART. (Con unas cuartillas en las manos.) Bueno, ya me hablarás: antes quiero que oigas los últimos párrafos que escribí anoche en mi discurso. Es una teoría nueva, mía, exclusivamente mía: el tema es soberbio, mira: «Génésis y etiología materialista de las simpatías y antipatías: teoría psico-física», escucha: (Leyendo las cuartillas.) «¿En virtud de qué función fisiológica se establecen las corrientes de simpatía y antipatía entre dos sujetos? Veámoslo. Todo organismo humano vivo, desarrolla calor irradiado por la periferia de su cuerpo exhalando de este átomos invisibles què se

esparcen dentro de una zona limitada por el ámbito de la estancia donde el organismo se halle; pues bien, puestas dos personas al habla y por consiguiente próxima una de otra, los átomos exhalados de sus cuerpos por irradiación calorífera, tienen necesariamente que ponerse en contacto mútuo y entonces resulta que, si hay homogeneidad ó analogía de contextura entre los átomos de una persona y los de la otra, esos átomos se fusionarán, si no en última amalgama en mezcla por lo menos, naciendo de ahí la simpatía, y si no son afines se repelerán originando entonces la antipatía: de lo cual se deduce que las simpatías y antipatías humanas nacen de una previa atracción ó repulsión atómico-orgánica intangible pero real.»

GAS. Magnífico.

ART. Verás. (Sigue leyendo.) «Ahora bien: si los átomos puestos en contacto proceden de dos personas de distinto sexo, (hombre y mujer) y en la primere entrevista fueron afines estableciéndose la mezcla que engendró la simpatía, quién sabe, es muy posible, casi seguro, que esos átomos puestos después repetidas veces en contacto en lugar de fusionarse constituyendo simple mezcla lo hagan formando íntima amalgama y en este caso la corriente atómica dualística no será solo de simpatía, sino de efectividad; de amor: he aquí, pues, la génesis materialista del amor.»

GAS. ¡Bravo, soberbio, sorprendente! Esa teoría te dará fama y esa teoría me da pábulo para hablarte de lo que venía á hablarte. Has puesto, querido hermano, el dedo en la llaga; pero estás ciego, puesto que no ves que esa teoría tuya está desarrollándose aquí en tu propia casa, (Con seriedad.) no ves que existen átomos de distinto sexo que se mezclaron primero y engendraron la simpatía, pero que puestos constantemente en contacto, siempre juntos, siempre unidos, engendrarán más que simpatía, engendra-

rán (Exaltándose y levantándose de la silla.) como tú dices el amor, pero un amor impuro, que obscurecerá tu honra...

ART. (Soltando las cuartillas y demudándose.) ¿Qué quieres decir, Gaspar? No te comprendo; mejor dicho, no quisiera haberte comprendido; habla claro.

GAS. Ese es mi deseo, aunque te destroce el corazón, hablar claro. Tú, pobre hermano mío, engolfado en tus trabajos científicos, que te traen obsesionado, no observas que tienes á tu mujer en completo abandono, y lo que es peor aún, que la has lanzado á la eterna compañía de Pepito, dando lugar á que sus átomos se amalgamen y...

ART. (Interrumpiendo con brusquedad.) ¡Basta! ¿A dónde vas á parar? ¿Olvidas que Clara es una santa que me adora y que es incapaz de faltar á sus deberes? ¿Olvidas también que Pepito ocupa en mi afecto el mismo grado de cariño que ocupas tú? ¿Olvidas que es el hijo del mejor amigo de nuestro padre, de mi protector, el que al quedarme huérfano, y cuando tú estabas emigrado en la Argentina, costeó el final de mi carrera, costeó mi título y me puso en camino de hacerme hombre, insinuando y logrando mi unión con Clara, la hija de su banquero, que aportó á nuestro matrimonio cuantiosos bienes, que hoy disfruto? ¿Y el hijo de ese hombre, Pepito, que se crió y educó conmigo, que me ha demostrado siempre afecto entrañable, lo crees tú capaz de enlodazar mi honra? ¡Vamos tú deliras!

GAS. No, Arturo: yo no diré que te traicionen tu mujer, y Pepe; no puedo asegurarlo: lo que sí aseguro (Bajando la voz.) es que estás en ridículo, que ya comienza la murmuración y la maledicencia á cebarse sobre tí, que ya he oido en la Bolsa, en el casino, en los círculos, hacer á la sordina juicios molévolos de Clara y Pepito; que ya comienzan á compadecerte, y de eso, tú, y solo tú, tienes la culpa.

ART. ¡Gaspar!

GAS. Tú, y solo tú, repito; que abandonas á Clara, obligando á Pepe á que la acompañe á todas partes; á que todo el mundo los vea siempre juntos, dando pábulo justificadísimo á la maledicencia. Ahora tú eres dueño de obrar según te parezca; yo cumplo con mi conciencia mostrándote el peligro: tú, allá.

ART. (Reflexionando y después de una pausa.) Tienes razón, Gaspar; ahora veo claro, yo estaba ciego; el mundo tiene razón sobrada para murmurar, es más, es posible que lleve razón en el fondo, tal vez acierte; la duda, la sospecha acaba de meterse en mi cerebro bruscamente: ¡quién sabe si en efecto Clara y Pepe, que yo he pugnado por colocarlos juntos, siempre juntos, ¡quién sabe si olvidándose de sus deberes traten de engañarme! (Exaltándose y golpeando la mesa.) ¡Sí, sí, tienes razón; he sido un imbécil!

GAS. (Con afecto y tratando de consolarle.) No, eso no; el hecho no está consumado; no creo que se haya consumado ni que se consuma, y no hay motivo ni para que te exaltes ni pierdas los estribos; lo hay, empero, para que pongas remedio inmediato.

ART. Sí, sí; en seguida, enseguida. (Pausa.) Tengo un plan soberbio; ya verás; pero hay que obrar con cautela, con gran sagacidad; una rotura violenta, ruidosa, sería contraproducente.

GAS. ¿Qué piensas hacer?

ART. Lo primero, recoger á Clara del abandono en que la tengo, aun cuando para ello tenga que sacrificar en parte mi labor científica; lo segundo, alejar á Pepito de esta casa con arte. con engaño. (Sonriendo.) ¡Oh! tengo un plan sublime, ¡ya verás, ya verás!

CLARA (Desde dentro por el foro.) ¿Han venido ya todos?

ART. (A Gaspar.) Ella, disimula.

CRIADO (En la puerta del foro y levantando el cortinón para que pase Clara.) Falta el señorito Pepe.

ESCENA XI

DICHOS y CLARA

Clara entra por el foro, con elegante sombrero, sombrilla guantes puestos y una pequeña cajita de dulces en la mano

CLARA (Entrando.) Adiós, Gaspar.

GAS. (Con afecto.) Hola, Clarita, ¿se viene de misa, eh?

CLARA Sí; pero no la oí completa, llegué tarde.

ART. (Como saboreando el triunfo de su plan. Aparte.) (Mi plan es soberbio.)

CLARA (Dirigiendose á Arturo y enseñándole el paquetito que trae en la mano.) Mira, te traigo tu postre favorito, golosín; tus yemas de coco. (Transición. ¿Y Pepito? ¿Cuándo vendrá Pepito? Es preciso que almorcemos pronto, para poder vestirme y llegar á tiempo á las carreras.

ART. (Levantándose y yendo con parsimonia hacia ella.) ¿Pepito? Pepito no puede tardar, fué á afeitarse... y á propósito de Pepito; tengo que darte, hija mía, una mala noticia.

CLARA (Sobresaltada.) ¿Una mala noticia? ¡Ay, por Dios! ¿qué ocurre? Habla.

ART. No, no te alarmes; no es nada contra nosotros; es... referente á... Pepito.

CLARA ¿A Pepito? Explícate, hombre, explícate.

GAS. (Aparte.) ¿Qué plan será el suyo?

ART. Pues nada, hija, una desgracia. Ya sabes que cuando te fuiste á misa se quedaba conmigo Pepito. Pues bien, me dijo que se sentía algo malucho, inapetente, con opresión, cansancio...

CLARA (Con ansiedad.) ¿Y qué? ¿Y qué?

ART. Yo no le hice caso al principio, más insistió, lo reconocí y... (Marcando mucho las frases.) desgraciadamente Pepito tiene un comienzo de tuberculosis... ¡Está tísico!

CLARA (Aterrrada deja caer de las manos al suelo la sombrilla y la cajita de dulces.) ¡¡Tísico!! ¡¡El tísico!!

GAS. (Con ironía disimulada.) Sí, sí que es desgracia.

CLARA (Siempre aterrada á Arturo.) ¡¡Tísico!! ¡¡Has dicho que tísico!!

ART. Sí, hija mía, sí, desgraciadamente; pero no te alarmes ni te apures, ni tengas aprensión. A él, como comprenderás, le he dicho que se trataba sólo de una debilidad general, de un principio de anemia...

GAS. (Aparte) (Claro, lo que únicamente tiene.)

ART. Luego almorzando le haré comprender, sin que sospeche su dolencia, la necesidad de que cuanto antes se marche á Málaga á pasar allí el resto del invierno.

GAS. (Aparte) (Magnífico medio de alejarlo de aquí.)

ART. Después... ya veremos... ya veremos. (Se aleja del lado de Clara y pausadamente se dirige puerta lateral izquierda.) Mientras viene, voy á dar una ojeada á mis cultivos. (Aparte.) (Mi ardíz me salvará.)

ESCENA XII

CLARA y GASPAR

Clara sigue en pie inmóvil, aterrada, como reflexionando sobre la noticia fatal que acicatea más su aprensión á la tuberculosis

CLARA ¡¡Tísico!! ¡¡Tísico!! ¡Dios mío, qué horror!

GAS. (Consolándola.) Vamos, no te alarmes. Pepito comienza ahora su dolencia; es aún un tuberculoso inofensivo: su mal no es contagioso, cálmate, cálmate y no tengas aprensión.

CLARA (Obsesionada sin escucharle.) ¡¡Tísico!! ¡¡El tísico!!

ESCENA XIII

DICHOS, PEPITO, ARTURO detrás de la cortina Dentro se oye la voz de Pepito, que viene tarareando un aire de vals

CLARA (Al oir que llega Pepe, aterrada se lleva las manos á las sienes.) ¡Dios mío, él!

PEP. (Entrando por el foro.) ¡Hola! He tardado, ¿eh? (Acercándose á Clara.) ¿Todavia con sombrero?

CLARA (Espantada al ver que se le acerca Pepe.) ¡No, por Dios, no se acerque usted á mí!

ART. (Aparte. Sale de la puerta lateral izquierda y, al oir la voz de Pepe, queda oculto detrás de la cortina escudriñando la escena, pero á la vista del público.) El aquí. ¡Veamos!

PEP. (Sorprendido.) ¿Eh? ¿Pero qué dice usted?

CLARA (Huyendo hacia la puerta lateral derecha.) ¡No, no se acerque usted!

PEP. (Extrañado.) ¿Pero qué pasa aquí? (Como interrogando á Gaspar, el cual irónicamente se encoge de hombros como si él no supiese nada.) ¿Y Arturo? ¿Se almuerza en esta casa ó no?

CLARA No, no, usted no puede almorzar aquí, en mi casa á mi lado, ¡nunca!

GAS. (Con fruición.) (¡Esto marcha!)

PEP. (Asombrado.) ¿Pero qué dice usted? ¿Se ha vuelto usted loca?

CLARA No, no estoy loca; váyase usted, váyase usted por favor.

ART. (Aparte detrás de la cortina.) (Mi mentira llegó á tiempo.)

PEP. ¿Que me vaya? (Se acerca á Clara, que lo detiene con un ademán de horror.) ¿Pero quiere usted explicarme?

ESCENA XIV

DICHOS y ARTURO

Arturo sale de la cortina detras, como si no hubiera visto ni oído nada

ART. (Al ver á Pepito.) ¡Hola, chico! ¿Has vuelto ya? Pues andando, vamos á almorzar...

CLARA (Al ver á Arturo corre á su encuentro como huyendo de Pepito.) ¡Arturo! ¡Arturo mío! ¡Qué horror! no, no; almorzar con él, no! ¡Qué horror! (Se cobija y se agarra á su brazo.)

PEP. (Anonadado.) Pues señor, yo estoy viendo visiones.

GAS. (Aparte y con fruición.) (Se ha salvado gracias á ser aprensiva.)

ART. (Con mimosidad) ¿Qué tienes, hija mía?

CLARA (Con gran pasión y como arrepentida de pecaminosos pensamientos.) ¡Que quiero estar siempre junto á tí! ¡siempre! ¿sabes? ¡No me abandones! ¡Contigo, sola contigo!

ART. (Abrazándola con entusiasmo.) Sí, hija mía, sí, ¡contigo, siempre contigo! No te abandono más. ¡Primero tú: después la Ciencia!

TELON

Después del estreno

DEBER DE GRATITUD

El estreno de La aprensiva obtuvo en verdad un éxito ruidoso: ¿se debió sólo á la bondad de la obra? Ciertamente no: al éxito contribuyó, en su mayor parte, el gran cariño con que acogió la obrita la excelente compañía del «Coliseo Imperial», dirigida por el prestigioso primer actor D. Manuel Espejo. En efecto: los intérpretes de mi obra la bordaron. Pascuala Mesa estuvo admirable; Guadalupe Muñoz Sampedro, muy bien; José Vico, primoroso en su papel de médico; el Sr. Maximino, con admirable justeza; y los Sres. Saez, Villarreal, Ramos, Isbert y Ruiz-Aguirre, muy en carácter: á ellos y á los empresarios del Coliseo Sres. García Plaza, y Alfajeme, que me colmaron de atenciones y facilidades, demuestro con estas líneas mi profunda gratitud, así como doy también gracias afectuosísimas á la Prensa madrileña por el juicio crítico que le mereció mi comedia, juicio que á continuación transcribo.

A todos, pues, envío mi eterna gratitud.

El Autor.

Linares, Diciembre de 1908.

JUICIO CRÍTICO

QUE HA MERECIDO Á LA PRENSA MADRILEÑA EL ESTRENO DE ESTA COMEDIA

Periódicos del día 8 de Diciembre de 1908

(Del *A B C.)*

Coliseo Imperial.—Puede decirse, sin incurrir en exageración, que el distinguido escritor médico, y desde hoy estimado autor cómico, Sr. Corral y Mairá, empieza su carrera de autor por donde muchos desearían terminar.

Es **La aprensiva** una comedia primorosamente dialogada.

Tiene, además, nuestro distinguido colaborador una oportunísima visualidad para presentar la nota cómica en los momentos más culminantes de la obra.

La *consulta* de la primera escena la firmaría gustoso el más aplaudido de los autores modernos, y el final de la obra es de un conocedor y práctico de los efectos escénicos.

El público escuchó la comedia con mucha atención, y celebró los primores de dicción y la sencillez de la urdimbre en que está basada la obrita.

Auguramos al Sr. Corral y Mairá muchos triunfos en la escena, sin que en nuestro vati inio actuemos de profetas, pues si para muestra basta un botón, la mejor muestra del potencial literario que hay en el afortunado autor, que anoche fue llamado á escena á recibir los aplausos del público del Coliseo Imperial, es **La aprensiva.**

La Sra. Mesa y el Sr. Vico contribuyeron al éxito de la comedia y compaitieron con el Sr. Corral los aplausos tributados.—*A.*

***

(De *La Correspondencia de España.)*

La aprensiva.—Coliseo Imperial.—El nombre del doctor Corral y Mairá es familiar á nuestros lectores. Sus

artículos de higiene y sus artículos de caza le han acreditado de hombre profundo y de escritor ameno.

Corral y Mairá, que tiene un talento múltiple y un temperamento inquieto, necesitaba internarse aún en otro orden intelectual, y ha abordado el teatro. Su primera comedia, **La aprensiva,** es muy interesante. El público oyó las primeras escenas con cierta extrañeza, precisamente porque se trataba de algo nuevo; pero luego el talento del autor se impuso, y al caer el telon, aplausos unánimes y reiterados llamaban al doctor Corral y Mairá á escena. El éxito, franco y lisonjero, había sido ganado palmo á palmo y en buena lid.

Presenta el doctor Corral á un sabio médico, que encerrado en su laboratorio, donde estudia el maravilloso mundo de los microbios y encerrado en su biblioteca, donde confecciona su discurso de entrada en la Academia de Medicina, se olvida de su lindísima mujer, que odia la ciencia y lleva una vida bastante aburrida.

Sin embargo, se entera á tiempo de la existencia de un peligroso cortejo, y decide rapidísimamente atajar el mal. Su esposa es muy aprensiva, y consigue hacerla creer que el elegante joven, asiduo visitante de la casa, está tuberculoso. Esto da motivo para una escena cómica, que gustó mucho.

La interpretación, muy aceptable.

La aprensiva es una gallarda muestra de lo mucho y bueno que su autor puede hacer.—*J. C.*



(Del *Heraldo de Madrid*)

Coliseo Imperial.—Nuestro estimado amigo, el Dr. Corral y Mairá, conocido publicista y divulgador de enseñanzas higiénicas, estrenó ayer su primera producción dramática, titulada **La aprensiva,** que mereció benévola acogida, saliendo el autor á escena repetidas veces á recibir los aplausos del público.

Tiene la obrita su *miaja* de tesis, pues aparte de la teoría que invoca para explicar las simpatías y odios desde el punto de vista material, asistimos á la posibilidad de un adulterio, que evita la oportuna intervención del microbio de la tuberculosis, que hace huir despavorida á la aprensiva casada, propincua á la caída.

La acción está hábilmente desarrollada y el diálogo es fácil y correcto. La interpretación, muy acertada.

Nuestra enhorabuena al Dr. Corral, pues no es tan fácil interesar al público con problemas clínicos.—*E.*

***

(De *El Imparcial.)*

Coliseo Imperial.—El boceto de comedia **La aprensiva** estrenose ayer con buena fortuna. Tanto la parte cómica como el dramático final gustaron mucho.

Su autor, el doctor Corral y Mairá, tan conocido y apreciado por sus trabajos científicos en el periodismo, reveló en este ensayo teatral muy estimables aptitudes.

El público, entre el que había numerosos médicos y alumnos de la Facultad, colmó de aplausos al doctor Corral



(De *El Liberal*)

Coliseo Imperial.—**La aprensiva.**—Con muy buen éxito se estrenó ayer tarde la comedia en un acto que lleva este título.

Su autor, el médico y periodista de Linares señor Corral y Mairá, revela grandes condiciones para el arte teatral y ha sabido escribir una obrita sumamente entretenida, ingeniosa y bien dialogada, que obtuvo franco y ruidoso éxito.

***

(De *El Mundo*.)

La aprensiva.—El doctor Corral y Mairá es un poco célebre por sus *Retazos higiénicos*; también suele escribir de *sport*, principalmente cinegético, y quizá esta raíz del cinegetismo le halla llevado al *cine* Coliseo Imperial, donde con éxito franco y merecido estrenó anoche su primera obra dramática, un boceto de comedia titulado **La aprensiva.** El alcaloide de esta obrita es un «derivado dramático» cuya terapéutica consiste en un diagnóstico incompasivo hecho por el egoísmo de un galeno, á última hora, celoso de su mujer. Este avisado médico, para separar á su consorte, muy aprensiva, de la asidua compañía de un amigo, le diagnostica una tisis atroz, con lo que la mujer huye de aquel.

El doctor Corral y Mairá ha quedado muy bien con el arte en esta primera producción, pero se ha portado muy mal con la higiene que, dada su edad y circunstancias, le aconsejan evitarse agitaciones de la vida en el teatro, disgustos inherentes á tan penosa labor y posibles astenias cerebrales, tenida en cuenta su actividad profesional y formidable trabajo científico-literario en los distintos periódicos donde colabora. Ahora bien: si el estreno le ha causado satisfacción y este bienestar le sirve á manera de excitante vital para sus nerviosas energías, continúe estrenando comedias que, si son alegres, podrán considerarse tan higiénicas como lo son cuan-

tos consejos de igual índole nos tiene acostumbrados á prodigar desde las calumnas de nuestros importantes é ilustrados colegas *La Correspondencia de España, Heraldo de Madrid, A B C y Blanco y Negro*. Cada cual sabe en qué consiste el secreto de «su alegría de vivir». No hay médico capaz de recetar la medicina conveniente para el logro de tan hermoso resultado.

***

(Del *Diario Universal*.)

En el Coliseo Imperial.—**La aprensiva.**—El doctor Corral y Mairá, periodista distinguido que ahora sienta plaza de autor dramático, ha encontrado un nuevo baluarte para defender la virtud conyugal: la aprensión, y él le ha servido para hacer la comedia estrenada ayer en el Coliseo Imperial, y para ganar con ella muchos aplausos.

El Sr. Corral y Mairá, pues, empieza bien su nuevo oficio, y por ello hay que felicitarle.

***

(De *España Nueva*.)

Coliseo Imperial.—**La aprensiva,** un acto, del señor Corral y Mairá.—Un querido compañero se quejaba días pasados, en *El Globo*, de la frecuencia de los estrenos y de lo incómodo de las butacas del Salón Regio, dos formidables verdades que requieren pronta enmienda.

La primera de ellas nos obliga á veces á dar con lamentable retraso la noticia de estrenos, como ahora sucede con **La aprensiva,** primera y aplaudida producción del Dr. Corral. Fuera conveniente que las Empresas, ya que estrenan con frecuencia lamentable, cambiaran las horas, teniendo en consideración los restantes estrenos del día y la distancia de unos teatros á otros. Al no hacerlo, ellas son las que resultan perjudicadas.

El doctor Mairá, hombre de ciencia, ha corroborado las afirmaciones de Rusiñol, Benavente y los Quintero respecto á los sabios investigadores. Ya no dudaremos más. Un sabio está casado con su mujer, y tiene siempre de amante á la ciencia, cosa bella, pero poco práctica. La mujer se aburre, y una dama no vacila nunca entre un piropo y el bacilo X ó Z. Felizmente los sabios siempre avizoran con tiempo su desgracia, y la enmiendan; que para ello son tales. Mejor harían en no casarse, y fuera su sabiduría indubitada.

De su devoción á la ciencia son culpables, en cierto modo, las compañeras de estos grandes hombres. No se abismarían en sus trabajos, ciertamente, si sus señoras vagasen por los

laboratorios, perjudicando las combinaciones químicas con otras morales, que suelen deleitar asaz al sabio más barbado. Verdad que entonces, en vez de dramas íntimos, los hogares científicos nos ofrecerían obritas para Eslava, con el tango del *bacilo de Koch,* pongo por caso.

La obra del doctor Mairá agradó mucho al público, que repetidamente le llamó á la escena. El notable publicista llega al Teatro con un derecho que tienen esos ciudadanos que empuñan alternativamente la pluma, ya el metro, sino la baraja.—*Paulino L.*

***

(De *El País.)*

Coliseo Imperial.—**La aprensiva.**—Con el título que precede, estrenó ayer el Sr. Corral y Mairá un boceto de comedia «seria», que gustó mucho.

La comedia se inicia desde los primeros momentos, y adquiere en seguida gran intensidad. El Sr. Corral la corta al final con una escena cómica, que no responde quizá como debiera á la elevación que se sospecha en el protagonista y á los vuelos que tomaba la obra... pero el desenlace resultó muy teatral en cambio.

La aprensiva revela en el Sr. Corral cierta perspicacia dramática y aptitudes nada comunes.

La Sra. Mesa y el Sr. Vico se distinguieron en la interpretación.

El Sr. Corral salió infinidad de veces á escena.—X.

***

(De la *Crónica teatral.*—12 Diciembre de 1908.)

Coliseo Imperial.—**La aprensiva.**—El ilustre López Marín, me pide una *autocrítica* del boceto de comedia en un acto y en prosa, original mía, primera producción escénica que he tenido la osadía de llevar al teatro, y aun cuando mi escalpelo hállase ahito de dislacerar tejidos en los organismos de mis pobres enfermos, acepto placentero tan cortés invitación.

¿Que por qué me ha dado ahora, con mis cuarenta y tres años, la manía de escribir para el teatro? Pues por eso, por manía, por la vesania que ahora se apodera de todos los españoles acicateándolos para hacerse de golpe y porrazo autores escénicos. «¡Hoy salen autores de debajo de las sillas!» Esto me decía mi querido amigo García Plaza cuando admitió mi comedia **La aprensiva** para estrenarla en el Coliseo Imperial.

La aprensiva ¡cómo no! es de asunto médico, la tubercu-

losis media en el asunto, y gracias á ella (á la tisis) mi obrita se salvó; tuvo, ¿á qué negarlo? sería modestia hipócrita, un ruidoso éxito. El público, que llenaba hasta los topes el coliseo, oyó la obra con religioso silencio, riyó las situaciones cómicas, y al final me aplaudió estrepitosamente, haciéndome salir siete veces á escena.

Después la prensa toda me ha *bombeado* de lo lindo. Gracias, queridos compañeros en el periodismo.

Y claro; este brillante *debut* escénico me ha sugestionado, ¡es tan sugestiva la gloria! y ya estoy preparándome para ver dónde estreno cuatro obritas más que tengo de repuesto.

No ha de ser todo escribir *Retazos higiénicos* y *Charlas Cinegéticas* para la *Correspondencia de España*, *Heraldo de Madrid* y *A B C*. De cuando en cuando á ver si vuelvo á estrenar en un *cine*.

Y no dirán ustedes que no me he *bombeado*. El cariñosísimo López Marín tiene la culpa.—DOCTOR CORRAL Y MAIRÁ.

***

(De *La Correspondencia de España*.—14 Diciembre 1908.)

COLISEO IMPERIAL.— La preciosa comedia del doctor Corral y Mairá, **La aprensiva,** cada vez gusta más; anoche, á pesar de ser la cuarta representación, aún el público ovacionó al autor, haciéndole salir dos veces á escena.

Al final, un fotógrafo de la Empresa de *Blanco y Negro* hizo un cliché de la escena más importante de la obra, que se publicará en *Actualidades*. La comedia es magistralmente interpretada; la Sra Mesa está admirable; sugestiva é ingenua, la Srta. Muñoz San Pedro; notabilísimo, Pepe Vico; con primorosa justeza, el Sr. Maximino y muy en carácter, el Sr. Sáez.

Esta obra se vende al precio de **UNA PESET**
ejemplar en la *Sociedad de Autores Españoles;* en la l
brería de D. Fernando Fe, Puerta del Sol, 1
Madrid, y en el domicilio de su autor: Linar
(Provincia de Jaén).